



A PRIMERA VISTA PARECEN LOS QUE HAN VENIDO, PERO EN REALIDAD SON LOS QUE SE VAN

10 CÉNTIMOS

# BARCELONA EN 1907

## TRES PESETAS DE PROFECÍAS

Vive en París una señora que, en lugar de dedicarse á las ocupaciones propias de su sexo, adoptó una industria que la *bonhomie* de sus paisanos acogió bien y gracias á la que ha podido ganar una fortuna saneada, sin otro esfuerzo que el de publicar en los primeros días de cada año un almanaque de vaticinios que sus contemporáneos compran como pan bendito, convencidos de que las profecías de *madame* Thebas son un conjunto de paparruchas; pero ellos encuentran agradable y entretenido leer el anuncio de fieros males que no se cumplen, y se ríen de la augur, como ésta se debe reír también del público que la mantiene.

Pensando en la industriosa *madame*, manifesté el otro día á un amigo mi extrañeza de que en Barcelona, donde todo plagio tiene su albergue, no haya quien se dedique á la profecía de acontecimientos políticos, al alcance de todas las fortunas, á peseta el tomo, por ejemplo.

Parece increíble que aquí, donde todo se imprime,

no haya un editor capaz de emprender un negocio tan saneado, y habría achacado este vacío á la falta de adivinos que sepan leer y escribir si no hubiesen aumentado mis confusiones las siguientes palabras de mi amigo:

—Pues aquí tenemos adivinos de empuje. Si quiere usted saber de uno, le daré una tarjeta.

Juzgue el lector de mi asombro al leer en la cartulina, debajo de un cráneo y dos tibias, los apellidos de una persona conocidísima.

¡¡¡Domenech y Montaner!!!

Mi amigo se sonrió al ver mi asombro.

—¡Estará usted equivocado!

—No, señor.

Pero ¡Domenech el arquitecto, la gloria más legítima, convertido en *sibila*, en vulgar echador de cartas!... ¿Es esto posible?

—Cosas de la vida... contestó sentenciosamente mi amigo.

Veloz como el pensamiento me dirigí á la casa cuyas señas indicaba la tarjeta.

Llamé, expresé el objeto de mi visita, y minutos después fui introducido en el despacho del augur. Sí, era Domenech, el mismo Domenech y Montaner, algo más pálido, vestido con un traje de lustrina negra, cubierta la cabeza por alto cucurucho, puesto un dedo de la mano derecha á la altura de la frente y el pulgar de la sinistral apoyado en la barba de metafórico corte.

Negras como su traje eran las paredes de la estancia, decorada con símbolos terroríficos, que me habrían hecho retroceder asustado si una fuerza superior, la de la pícaro curiosidad, no me hubiese retenido allí.

Un retrato de Gaudí atravesado por un puñal de madera, un busto de Rusiñol con la nariz rota y las orejas cortadas, y otro retrato de Puig y Cadafalch colgado al revés fueron los objetos en que primero se fijó mi vista.

Domenech habló y con acento áspero me preguntó qué deseaba saber. Sentóse ante una mesa y cogió una baraja muy usada. Después de pronunciar algunas palabras en un idioma desconocido acaso un misterioso conjuro —me dijo:

Habla, pregunta. Tu curiosidad quedará satisfecha.

Deseaba saber cuántos alcaldes tendremos durante el año —pregunté.

El augur, después de barajar, extendió sobre la mesita cuatro cartas. Eran cuatro so-

tas... El destino quiere que haya cuatro alcaldes en 1907. La pri-

### La resolución del Papa



¡Dos pesetas por una reliquia...! ¿No dan más...? ¿No...? ¿No...? ¡A las tres...!

mera sota indica que el año se inaugurará con Sanllehy y que sus sucesores, serán también sotas.

Calló el adivino y yo seguí preguntando:

—Y en el Ayuntamiento ¿ocurrirán grandes novedades durante el año?

Barajó Domenech, extendió varias cartas sobre la mesa, y, después de consultar un libro de tapas apergaminadas y hojas amarillentas, así habló:

—Salieron oros, que indican ambiciones bastardas; espadas, que claramente dicen que han de provocarse luchas y discrepancias. Estos bastos son el castigo que la opinión pretende aplicar a sus mandatarios desleales. Ese caballo que pretende escapar es Pinilla; pero tropieza... con el dos de oros, y al lado, ya lo ve usted, se encuentra con el siete de bastos..

—¿Y de gobernadores?

El augur repitió la suerte y echó dos cartas. Una de ellas era sota.

—¿Seguirá Manzano?—dije.

—¡Puede!—me confesó.—De no ser así, le sucederá un gobernador de sus mismas condiciones.

—¿Rico también? Porque veo que junto a la sota hay oros

El augur me miró con lástima y me dijo:

—¡Oh, mentecato! Son oros, en efecto; pero ¿no has visto que es el as?

—Y en cuanto a otras cosas de interés para la ciudad, ¿ocurrirán acontecimientos importantes?

Extendió Domenech varias cartas sobre la mesa y me dijo:

—Veá usted; ese rey de copas ladeado indica el ocaso de un tiranuelo popular de temporada; este par de figuritas vueltas al revés indican la muerte de dos rotativos: uno por falta de suscritores y el otro de un empacho de envidia; ese caballo de bastos es Tressols, que se mantendrá durante todo el año tan fresco, sostenido por esta colección de copas... Estos ocho puestos de lado demuestran que seguirán los abusos y las anomalías, los excesos y los atropellos, la paciencia sin límites de los eternos oprimidos... La única carta que no sale



Para que se entere su Excelencia tendrán que ponérselas en las mismísimas narices.

es el rey de bastos, símbolo de las justas reivindicaciones..

Calló al fin el sibilo, y yo, deseando marcharme, pregunté cuánto le debía..

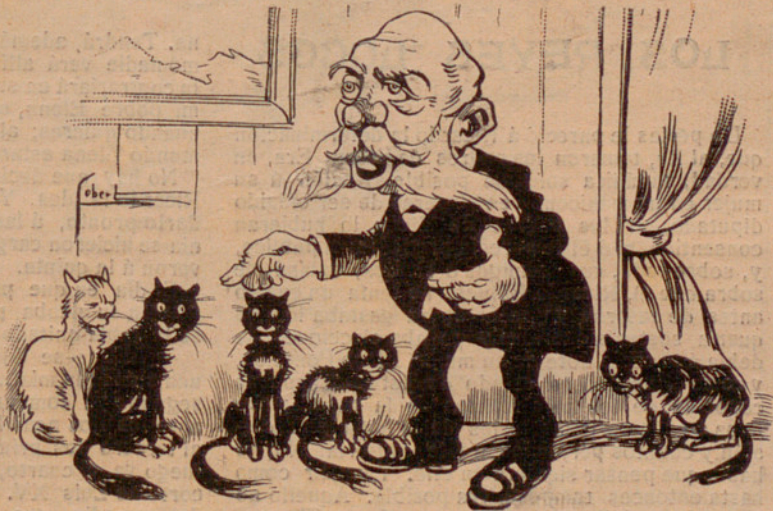
—Tres lliuras, tres andolas...

Yo le miré estupefacto, y Domenech, temiendo que yo no le hubiese entendido, se apresuró a decir, con un dulce ceceo andaluz que en sus labios no dejaba de resultar gracioso:

—Tres pezetas.

TRIBOULET.

### El último recuerdo



Número exacto y cabal de los liberales que forman la hueste del Marqués.

## Otro desengaño de don Pepe



¡Tampoco este año me han traído los Reyes lo único que deseo!

## LOS REYES LOCOS

De perlas le pareció á Ricardo la determinación que, al fin, tomaron los padres de Elena. Era, en verdad, la única solución posible. Recluir á su mujer en un manicomio en vísperas de ser elegido diputado, ni los padres de Elena lo hubieran consentido, ni á él le parecía prudente; el público, y, sobre todo, sus enemigos ó rivales, sabían de sobra que él, Ricardo Robles, no tenía un cuarto antes de casarse y que si ahora gastaba lo que quería, sostenía queridas y pagaba elecciones, se debía á la regia dote de su mujer, Elena Pontejos, y como el verdadero estado de ésta era apenas conocido de los más íntimos de la casa, ¡sabe Dios á cuántos comentarios daría lugar su reclusión y cuántos perjuicios no le causaría! No, no había que pensar siquiera en ello. Y seguir como hasta entonces tampoco era posible. Aquello no era vivir y ni él estaba dispuesto á sacrificarse, ni, como él decía, nada ganaba su esposa con su sacrificio. Era preciso acabar con aquel estado de

cosas; pero, ¿cómo escapar de aquella pobre loca y no dar lugar á ciertas hablillas? Por más que discurría no daba con ello. El remedio se les ocurrió á los padres de Elena; para algo eran sus padres.

Con la voz velada por la emoción y los ojos llenos de lágrimas acababa de decirse, lo su suegra:

—Ricardo, ya lo ves: somos viejos; Juan, el pobre, apenas tiene ánimos para ir de la cama al sillón; yo, gracias á Dios, aún puedo andar; pero con los años va creciendo ese peso que tengo sobre el pecho. Me ahogo; hay días en que creo que todo va á acabar para mí... Había mos pensado con su padre que Elena viviese con nosotros... pero... no podemos; no servimos para nada ya, mas que para quererla mucho, eso sí. Llevarla á un manicomio ¡de ningún modo!... Tú... tú eres joven, pero... (aquí se le cayeron á la anciana dos torrentes de lágrimas) ya lo vemos; tampoco puedes... eres político... necesitas estar fuera de casa... ir al casino...

Mira lo que su padre y yo hemos pensado: Elena vivirá en nuestra torre. Se la haremos decorar á su gusto. Todo se parecerá á ese dichoso Triánón donde ella cree vivir como reina. Ella elegirá sus muebles... sus tapices, en fin, todo. José y Antonia cuidarán de ella. La quieren como nosotros: ya ves, Antonia fué su nodriza y ya me han dicho que irán con el mayor gusto á vivir con nuestra pobre Ele-

na. Tendrá, además, los criados que quiera, y como nadie verá allí sus extravagancias... ni nadie la contrariará en sus deseos... por lo menos ella... mi pobre Elena, será feliz. Allí la podrás ver cuando quieras; allí iré á verla... y para todo el mundo Elena estará enferma... de cualquier cosa.

No hay que decir cuán magnífica le pareció á Ricardo la idea. Y como todo mal paso hay que darlo pronto, á las pocas semanas José y Antonia se hicieron cargo de la pobre loca y se la llevaron á la quinta.

El día en que por vez primera se vió Ricardo solo en su alcoba, parecióle que un enorme peso se le había quitado de encima.

—¡Al fin—se dijo—acabó el suplicio!... ¡Vaya una suerte la mía!... El primer año, menos mal: al segundo ya comenzaron los lloriqueos; ¡siempre ante los ojos aquella especie de Mater Dolorosa!; al tercero los primeros síntomas de la locura y luego ya, el cuarto, el quinto y el sexto... en plena corte de Luis XV. Siempre al lado de una reina de comedia, que exige reverencias, cumplidos, galanteos... Y ¡cuidado con contradecirla!... ¡cuidado con intentar convencerla!... Al fin se acabó.

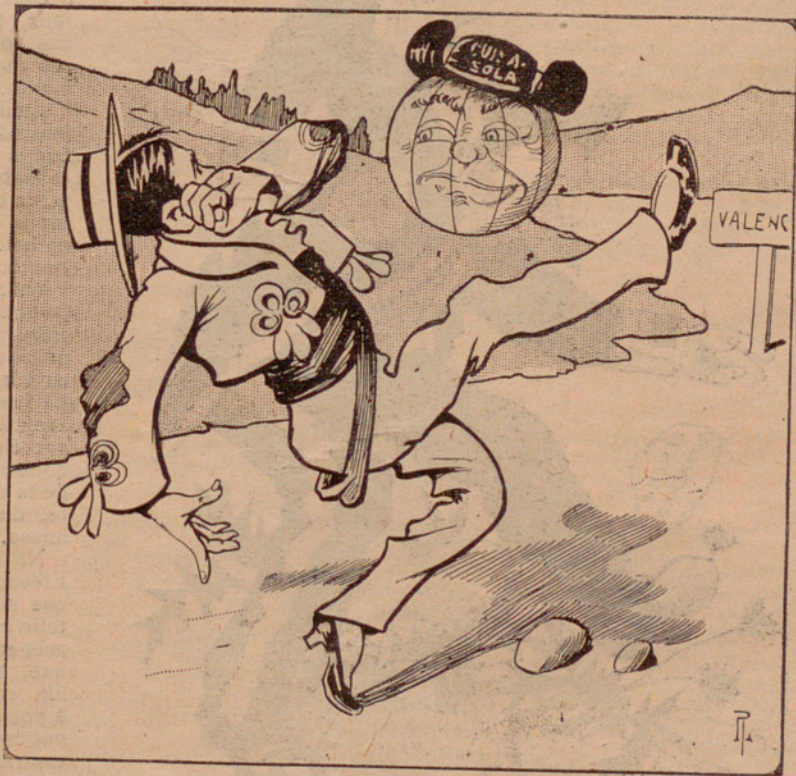
Y Ricardo se acostó, apagó la luz y se dispuso á dormir tranquilamente. Pero el sueño no vino enseguida. Vino antes un gusanillo roedor que poco á poco iba diciéndole: «Tú y nadie más que tú eres el culpable de todo; Elena no estaba loca antes de casarse; cuando tú, atraído por las riquezas de sus padres, te dirigiste á ella, viste, y despues te burlaste de ello, que Elena era una muchacha sencilla, sin amor ninguno al lujo ni á las exhibiciones, á lo que sus padres, por otra parte, tampoco la habían acostumbrado. Elena no había leído más libros que los de sus devociones, ni tenía más amigos que sus padres. Elena desconocía la maldad, como desconocía el mundo y el amor.»

Y el yo de Ricardo contestaba: «Pero yo ¿qué tengo que ver con esto?» «Mucho—replícabas el gusanillo—; si hubieras amado á Elena, si la hubiera dado el marido, el amor que el novio la hizo sentir, Elena no hubiera enloquecido.» Y Ricardo contestaba: «Todo cuanto apetecía le compraba; la llevé á todas las diversiones, procuré que brillara como las primeras; pero nunca quiso... Tenía la manía de estar en casa, de vivir cerca de su madre; odiaba los perfumes, se reía de las modas. Estaba ya loca.» Pero el gusano buela no se daba á partido: «No estaba loca; quería ser amada y vivir para su marido. Te amaba con locura; no comprendía la vida sin estar á tu lado, sin tus caricias, sin tu amor. Pero tú no la amabas y sus caricias sencillas no te impresionaban, no sabías leer en su pecho; no eran coches, no eran teatros, no eran joyas, no eran trajes ni perfumes lo que Elena deseaba; deseaba una caricia tuya, una frase de las que sólo el verdadero amor sabe dictar; deseaba tu cariño, deseaba que no la dejaras abandonada horas y horas, noches y días, á pretexto de haberte metido á político. Al fin vió que no la amabas; se convenció de ello, se enteró de que tenías queridas y comenzaron aquellas noches largas y crueles, que la infeliz pasaba llorando; luego, sola, necesitada de distraccion, sin atreverse á decir á su madre lo que en su pecho pasaba, comenzó á leer cuanto encontró en tu librería y devoró *Las dos Dianas, Los tres Mosqueteros, El collar de la reina, Las*



Don Carlos y los suyos empiezan á ocupar sus posiciones por si llega la ocasion de dar señales de vida.

*Memorias de un médico, Los tres Rohan* y otras mil por el estilo. Así nació su locura.» El yo de Ricardo se rebeló de nuevo: «No fué eso—dijo—, porque nada tiene que ver lo uno con lo otro.» «Infeliz—contestóle el gusano en forma de conciencia clara y despejada—; si tú amaras comprenderías que estas lecturas hicieron nacer en Elena el deseo de conquistarte, de reducirte. A tí te atraían las cocottes elegantes, y ella, que no



La pelota va de un lado para otro y en ninguna parte la dejan llegar al suelo.

sabía cómo hablaban, ni aun cómo vestían, aprendió en aquellos libros la manera de hablar y de agradar de aquellas Du Barry y Pompadour y Montespau y La Vallière, que tan amadas habían sido. Al evocar, á través de las páginas de aquellos libros, la vida de aquella corte fastuosa y galante, te vió á tí en otra vida parecida, comprendió el secreto de los perfumes, de las elegancias en el vestir, en el hablar, en el gesto. Se ensayó infinitas veces... Entrevió un mundo de dichas, y cuando creyó poseer el secreto... ¡se le escapó de las manos!... Estaba loca.»

Dieron entonces las tres de la madrugada. El yo de Ricardo, confuso y apabullado, bajo el peso de las razones de su contrario, se sintió invadir por un sopor irresistible y se durmió pesadamente....

\* \* \*

Tres meses hacía que Elena vivía en la quinta y Ricardo la había ido á ver unas doce veces. Aquello era portentoso. La salud moral de Elena no había mejorado; pero su salud física había ganado indudablemente. Estaba convertida en una verdadera reina. Todas sus prendas de vestir eran de una elegancia exquisita; su casa era un encanto; sus criados, dos criados jóvenes y dos camareras, la servían y acompañaban, haciendo reverencias, llamándola Majestad á cada paso. José y Antonia administraban la casa y vigilaban con cariño sin igual aquel desconcierto.

La última vez que estuvo Ricardo á verla quedó encantado. Elena parecía alegre y estaba deslumbradora. Recibióle como una reina á su amante y

él siguió un rato la comedia. Cogidos del brazo pasearon por el bien cuidado jardín; luego se despidieron.

—Conde, ¿vendreis mañana?

—No deseo otra cosa, Majestad—contestó Ricardo.

Elena, viviendo sin contrariedades, viendo satisfechos sus menores deseos, sintiéndose en plena posesión de su reinado, era feliz, y esa felicidad se irradiaba en su rostro, en sus palabras, en todas las manifestaciones de su vida, hermo-seándola notablemente

Volvió Ricardo al otro día y poco á poco fué cogiendo cariño á aquel nuevo hogar que le depa-raba la locura.

A medida que Elena iba realizando sus locos planes, embelleciendo su casa, aristocratizando sus gestos y sus palabras, Ricardo perdía paulatinamente aquella mezcla de terror supersticioso, repulsión y tristeza que le causaba su mujer desde que se hallaba recluida. Insensiblemente fué apoderándose de su espíritu una atracción misteriosa. Aquella casita coquetona, aquellas estudia-das frases de su esposa, que le recordaban sus lecturas de otros tiempos, ejercían en su ánimo una presión poderosísima. Insensiblemente fué adquiriendo el hábito de visitar diariamente á su esposa, y sus visitas, antes cortísimas, fueron también alargándose tanto que, á los pocos meses, pasaba con Elena el día entero. Almorzaban y comían juntos. A ratos leía Ricardo en voz alta capítulos de las obras predilectas, á ratos discuti-an amigablemente sobre el color ó los adornos de un nuevo traje. Un día obsequiaba Ricardo á su

pobre loca con un artístico ramo de flores, otro día con un raro *bi-belot*, otro con una joya antigua. Y cada día Elena se sentía más feliz, sus carnes se redondeaban, sus colores eran cada vez mejores y su buen humor iba en aumento.

Atribuía Ricardo todo esto á los buenos sentimientos de su corazón, á la lástima que su esposa le causaba. Pero, en el fondo, no había nada de esto. Había, sí, gran parte de remordimiento, pues no en balde le hablaba su conciencia cuando más distraído se hallaba, y aun puede que esta fuera la verdadera causa de todo; pero no contribuyó menos á ello su propia esposa, es decir, Elena, pues, á decir verdad, no creía ya él que aquella fuese su mujer. Era otra; quizás más fuera de la realidad, algo parecido á esa mujer ideal con la que se sueña en los primeros años de la vida, pero hermosa, elegante, distinguida y... de carne y hueso.

No, no se parecía ya en nada á Elena; no quedaba de aquélla más que el perfil, algún ligerísimo detalle en la voz, en el gesto; lo demás era de la otra. Y esto era lo que, sin darse él cuenta, le retenía en la quinta, cambiaba poco á poco sus costumbres y desviaba por completo la orientación de su espíritu.

Un día — y esto se supo luego por Antonia — cenaron juntos, co-



¡A que no me dá tiempo ni de meterme en casa!

mo de costumbre, Ricardo y Elena. Terminada la cena, ensayaron un minué, y después, como hacía una noche deliciosa, salieron al jardín.

Ricardo dijo a los criados:

—Señores, podéis recobrar vuestra libertad. Estamos servidos.

Los criados se retiraron. Ricardo y Elena, hablando bajito, dieron unas vueltas por el jardín. Antonia, que, oculta tras la persiana, les observaba, les vio abrazarse y el sonoro ruido de un beso hirió sus oídos. Al poco rato regresaron a la quinta. Desde aquel día Ricardo no volvió a salir de la quinta.

\*\*

Los pobres ancianos, anhelando saber de su hija y no sabiendo a qué atribuir la ausencia de su yerno, decidieron ir a verla. Estaban enfermos; pero el corazón les condujo.

Antonia les abrió la puerta.

—Tengo que contarles muchas cosas — dijo la buena mujer —; entren, entren.

Pero no tuvo tiempo. Ante los asombrados ojos de los pobres viejos aparecieron Ricardo y Elena; pero ya no eran sus hijos... ¡eran los reyes de Francia!

Los dos ancianos se abrazaron llorando.

—¡Los dos, los dos locos!... — decían.

—Señoritos, por Dios, no se desesperen. — decía Antonia —. No hay motivo... ahora... los dos son felices. Dios les quitó la razón para que gozaran. Nunca seremos nosotros tan dichosos, porque... ¡por desgracia conservamos la razón!

CARLOS JORDANA.

## LA TIARA

Cuando supimos que el Papa, compadeciéndose de las tribulaciones de la Iglesia, quería enajenar su tiara en beneficio de los fieles franceses, una duda asaltó nuestro espíritu.

¿Existe en realidad la tiara de Pío X? ¿Puede ser vendida? ¿Vale su peso de oro? ¿Se adjudicará al mejor postor ó será legalmente entregada después de un sorteo solemne, con música de Perossi?

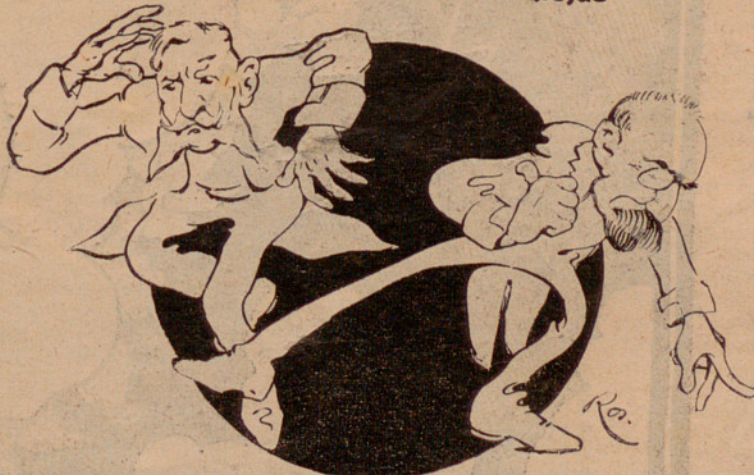


—Señora, aquí tiene usted este regalito.  
—¿Quién me lo envía?  
—Perdone usted; todos lo sabemos, pero nos está prohibido decirlo.

Muchas veces el Romano Pontífice, à court d'argent, anuncia su propósito de subastar las joyas del Pescador; pero invariablemente aparece un devoto que paga las deudas del rey de los reyes ó contribuye á sostener una mision en China. Este mismo devoto es el que cargará ahora con el simbólico ornamento destinado al alivio de las ovejas de Francia.

Si no surge el salvador esperado, quedará aún el recurso de vender, en vez de la auténtica triple diadema de los Pontífices, la tiara del Louvre ó una tiara fabricada ad hoc por un experto falsificat

## ¡El último recurso de Canalejas!



¡A ver si echándole la zancadilla...!

# ¡DURO Y A LA CABEZA!



¡A ver, pueblo refranero,  
 si al fin y al cabo te acuerdas  
 de que hay un refran que dice:  
 Año nuevo, vida nueva!





—¡Compare, cómpreme ozté este borriquiyo que es un tesoro.

—¿Un tesoro? Pues no lo lleve usted por Madrid, porque si se lo vé Reverter, no le deja ni los pelitos del rabo.

dor moscovita. Donde yerran los anticuarios no es fácil que acierten los sencillos creyentes, dispuestos al sacrificio.

Hace poco tiempo un obispo belga, deseoso de socorrer á los pobres de su diócesis, organizó una lotería cuyo único premio era un hermoso pectoral de oro. Los billetes se pagaron á crecido precio. Llegó el día de la extracción y el poseedor del número premiado acudió al palacio episcopal en busca de la codiciada joya.

Pero el bello pectoral de oro había desaparecido. Unos ángeles se lo habían llevado al cielo, aquella misma noche, pocas horas antes del sorteo.

La prodigiosa historia quedó consignada en los archivos de la diócesis y fué piadosamente sometida al examen de los bolandistas, que, en justicia, no pueden declararla apócrifa.

En cuanto á la tiara de Pío X, no tendría nada de extraño que, si llega el caso de rifarla, los ángeles se encargasen también de transportarla al Paraíso. ¡Con cuánta mayor razón no debe desear el Altísimo la posesión de esta insignia, que deriva históricamente de la mitra con que adornaban su frente las cortesanas del imperio persa!

Sólo podría ocurrir que la suerte favoreciese á un católico hispano. En tal supuesto, el católico

premiado no vacilaría ciertamente en pedir al Autor de lo creado la restitución de la tiara, con daños y perjuicios. Y el tribunal le daría la razón, sobre todo si era un tribunal de españoles, como el que ha juzgado en el proceso Casariera.

ENGELIER.

## CUENTO DE REYES

Juan Español seguía, y sigue, siendo niño; por eso era, y es, de los que aun esperan á los Reyes y sus donativos; por eso es de los que piden á tan altos y poderosos señores; por eso cuando más nublado está el cielo le toca el ver las estrellas... con rabo.

Juan Español seguía, y sigue, siendo niño; tan niño que en una ocasión trató de poner sus zapatos al balcon para que los Reyes le pusieran... ¡una República!

Era demasiada candidez aún para un niño, muy niño; por eso abandonó la idea y se pasó trescientos sesenta y cuatro días pensando en lo que había de pedir al trescientos sesenta y cinco. ¿Qué pediría?

¡Oh, tantas cosas necesitaba! Mal andaba de pan; por eso no pensó en estampas y ocurrióle que la supresión del impuesto de Consumos podía aumentar y abaratar el cotidiano cuscurreo. Por ese camino enderezó su primera petición.

¿Que los niños siempre piden juguetes? Es verdad, es verdad; pero Juan Español ya no encuentra divertidos los juegos; ya sabe que no están al alcance de sus aspiraciones esas cajitas de soldados que hacen en Alemania, ni esos barquitos con máquina producto de la industria francesa, y, puesto á pedir juguetes, se conformaría con esas granjas de árboles y borreguitos, pastores y pastoras y gañanes que la paciencia de los suizos talla toscamente en pedazos de madera. Pidió, por pedir, protección á la agricultura.

Pero lo pidió sin esperanza, porque tantas veces había soñado la noche de Reyes encontrar tal regalo en los zapatos...

Una espada tampoco le hubiera venido mal. No vale pensar en que el pacífico Juan soñase con un gran charrasco de esos que imponen y que se imponen. ¿Para qué, si no tenía fuerza para moverlo? La espada en que soñó era la de la Justicia.

Nunca se la dejaron puesta en los zapatos porque en ellos no cabía y en la cabeza de los gobernantes tampoco cabía el que pudiera ser de utilidad. A pesar de ello, insistió en la petición.

Muchas veces había oído el buen Juan hablar de la libertad como de una gran cosa. El no la había probado nunca; pero á los que la habían probado les había sentado muy bien. ¿Por qué, pues, no pedir un poco de libertad? Ya la había pedido muchas veces y alguna se la dieron, aun cuando sólo pintada en un papel. En fin, la pediría una vez más.

Como no había de pedir de una vez todo lo que necesitaba, porque necesitaba de todo, Juan Español concretó interinamente su demanda á los

Reyes Magos en estas tres cosas: Pan, Trabajo, Justicia y Libertad.

Pero aquí del conflicto; Juan quería poner los zapatos al balcon y . no tenía zapatos. El año anterior los había puesto, y como andamos tan mal de policía se los habían robado.

¡Terrible situación tener que pedir tan útiles cosas y no tener zapatos donde se las pusieran! Había que solucionar el conflicto, y, á falta de zapatos y de dinero para comprarlos, pensó... en las alpargatas.

Pensó en las alpargatas, he dicho, y casi debí decir que pensó con ellas. Sólo al inocente Juan se le podía ocurrir que en unas alpargatas viejas y rotas pudieran reparar los Reyes Magos, y aún que, si reparaban en ellas, no lo tomaran á descortesía y falta de respeto á tan altos y poderosos señores.

Juan puso al balcon las alpargatas, y en ellas un papelito con la demanda de Pan, Trabajo, Justicia y Libertad, y esperó... acostado.

Bien tocadas las doce de la noche, lucida cabalgata desfiló por las calles. Eran los Reyes Magos y su acompañamiento de ministros y chambelanes, mayordomos y pajes y numerosa escolta de soldados con refulgentes corazas.

Llegó la comitiva frente á la casa de Juan. Alguien reparó en las alpargatas y en el papelillo; tomó éste, lo leyó y dijo:

—¡No pide nada este de las alpargatas! Pan, Trabajo, Justicia y Libertad... Con algo menos se contentará.

Y dejó en el balcon un voluminoso paquete.

A la mañana Juan asomóse al balcon, vió el envoltorio y pensó un momento en que sus demandas al fin habían sido atendidas.

¡Inocente!

Los Reyes Magos le habían puesto .. juna guitarra!

Con ella va mendigando por el mundo, mientras canta el romance de las victorias del Cid Campeador.

JERÓNIMO PATUROT.

C. de la Academia de la Historia.

### Cómo razonan los neos

La Vanguardia es un periódico que goza fama de cauto y de cuco. Temeroso de comprometer esta fama, bien ganada á fuerza de habilidad, para no arriesgar jamás su opinion en cosas de alguna importancia, se ha ejercitado nuestro prudente colega de tal suerte en el arte del bien callar que nos atrevemos á asegurar en redondo que es La Vanguardia el periódico más ñoño que se publica en España.

Dedicado en absoluto á dar noticias sin comentarios y sin

atreverse á decir palabra por cuenta propia, más que periódico parece una portera chismosa dedicada á contar cosas por el solo gusto de mover la lengua.

Y la comparacion es exacta, porque como La Vanguardia se hace con mucho papel, puesta á hablar no acaba nunca.

Nosotros hemos censurado muchas veces en público y en privado este horror á discurrir que caracteriza á La Vanguardia. Muchas veces hasta nos hemos atrevido á aconsejar al cauteloso colega que sacuda el miedo de decir lo que piensa, cuando piense algo.

Era nuestro deseo que todos los que escriben en La Vanguardia imitaran la valiente conducta del osado Juan Buscon y del atrevido Jesús Beltrán, que cuando tienen la pluma en la mano no reparan en trasladar al papel buena parte del sin número de tonterías que tienen de continuo almacenadas en el caletre. Y aún llegan á más, porque cuando las propias les parecen pocas para amenizar su deslabazada prosa, refuerzan las tonterías con las que encuentran en los periódicos extranjeros que á diario ojean para fusilar asuntos.

No sabemos si porque, convencida por nues-

### Arrepentimiento



—¡Perdon, Santidad! Lo acepté para coger el poder, pero me lo llevaré intacto á casa!



Las cocinas al aire libre del Paseo de Gracia

tros razonamientos, ha decidido *La Vanguardia* cambiar de sistema, ó si porque por ser principio de año ha querido el colega hacer una excepcion y discurrir una vez; es el caso que el otro día traía el periódico que *Buscón* y *Opisso* guían por turno un artículo con deducciones y todo.

Verdad es que la cosa lo merecía. Se trataba nada menos que de probar con ejemplos el disparate que ha hecho el Gobierno francés separando la Iglesia del Estado.

Como consecuencia de esta separacion venía á decir el articulista:

«Este año no ha habido Misa del Gallo, y la falta de esta Misa ha sido causa de que en París se cometieran en Nochebuena *tal cual asesinato y media docena de atropellos* (son palabras del articulista), sin contar el número de borracheras que se registraron.»

Luego de hecha esta sensata y razonada afirmacion, el articulista pasa á referir los atropellos cometidos en París por unos cuantos borrachos que no encontraron modo mejor de demostrar el disgusto que les había causado la supresion de cosa tan necesaria como la Misa del Gallo.

Y despues de presentados los ejemplos, como cumple á un argumentador que se estima, el articulista cierra su luminoso trabajo con esta profunda consideracion:

«De modo que pueden estar satisfechos los *laicisadores* franceses al ver cómo se van *laicisando* sus compatriotas.»

Suponemos que en cuanto el Gobierno francés lea estas profundas reflexiones de *La Vanguardia* se determinará á volver á mantener á los holgazanes del clero, ó cuando menos ordenará que el año que viene no deje de celebrarse la Misa del Gallo.

*Paris bien vale una misa*, y más si ésta se anima con villancicos y ruido de zambombas y pande-retas.

Pero para que el Gobierno francés tome esta justa y trascendental determinacion será preciso que no lea otro periódico español que la archicatólica *Vanguardia*; porque si leyera otros, es fácil que perdiera un tanto su entusiasmo por la Misa de Nochebuena al enterarse de que en España, país católico á carta cabal, se cometen en la dicha noche, todos los años, más crímenes y más atropellos que cuantos por excepcion se han registrado este año en Francia. Verdad es que aquí se hacen las cosas por su orden; primero la borrachera, luego la Misa y, por último, el atropello.

Esta consideracion pudo habérsela hecho tambien el articulista de *La Vanguardia*; pero esto hubiera sido exigirle demasiado discurrir. Por hoy contentémonos con que haya discurrido, aunque haya sido poco y mal. Siga, siga *La Vanguardia* por el camino emprendido; haga un esfuerzo y trate de discurrir á diario, y cuando se haya habituado á esta tarea será hora de pedirle que haga el trabajo completo, argumentando con buen juicio, buena fe y mediana sintaxis.

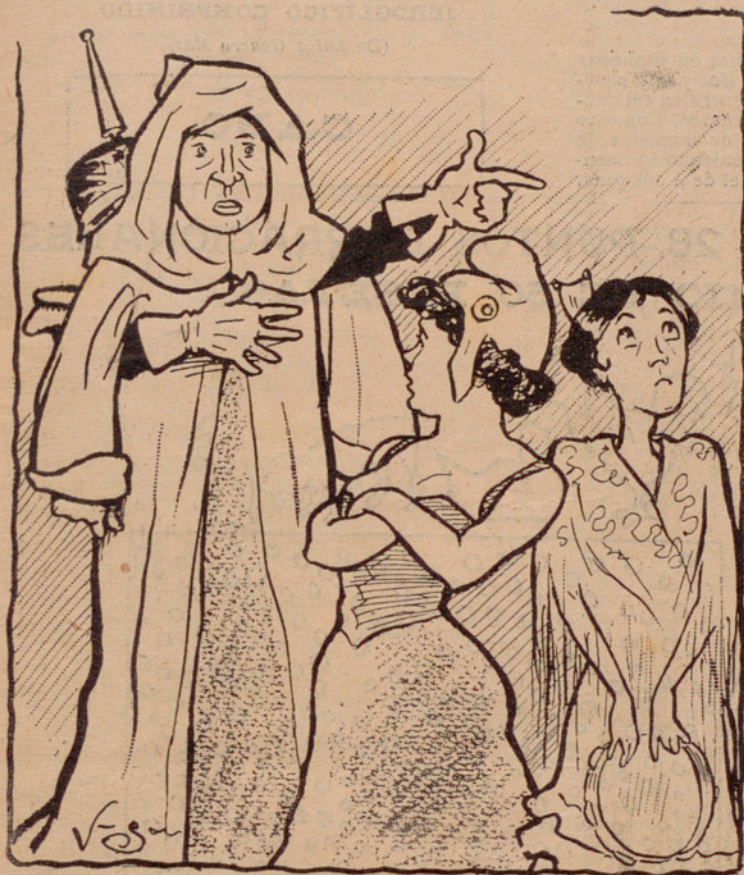
LUIS JULIAN ECHEGARAY.



El Parlamento ha suspendido temporalmente sus sesiones.

Nos parece bien. ¡Para lo que el Parlamento hace, lo mismo da!

Lo de Marruecos



—Señores, esto lo voy á arreglar yo solo.

Lo que ya no nos parecen tan bien son las razones que se han dado para suspender las tareas parlamentarias: la necesidad de que descansen los padres de la patria.

Es una mala razon, porque los que estamos cansados de la farsa somos los hijos y no los padres.

En Bilbao, con motivo de la interpretacion de un pasaje de *Carmen*, dos sujetos se apalearon mutuamente y concertaron un desafio.

Y no es que fueran peritísimos en el *bel canto*, sino más bien que ambos pretendian entender demasiado á la protagonista.

Por fortuna, se les pudo calmar y el lance ha quedado sin efecto.

Todo por una bailarina.

¿Qué será el día que esos sujetos asistan al *ballet de Sansoné e Dalila*?

Los carlistas amenazan con hacer una barbaridad si se aprueba la ley de Asociaciones.

Esta amenaza no debe tomarse á broma, porque los partidarios de *Chapa* tienen probado que saben hacer barbaridades.

Realmente la estatua de Federico Soler no hace honor al artista Querol.

Pero esto no es motivo para que algunos censores la rechacen indignados.

Si la escultura fuese buena, habría que construir una ciudad para guardar ese único prodigio.

La obra de Querol está en perfecta armonía con la urbe.

El cargo de policía lo desempeña el más topo: que no hay bomba, no hacen nada; que hay una bomba, tampoco.

Ahora sí que va de veras, ahora no va de mentira, ahora nos va Romanones á limpiar la policía.

¿Que te molesta á diario con sus tontunas *Memento*? ¡Pues, hombre, tira una bomba y no le ves más el pelo!

Muy difícil debe ser coger á un dinamitero, cuando Manzano se arriesga á ofrecer cuartos por ello.

No es la culpa de los guardias si no cogen terroristas; de éstos es la culpa toda, que echan bombas y no avisan.

Tiene gracia, mucha gracia la táctica de Manzano: deja libre al terrorista y custodia el urinario.

El señor Manzano de vivo se pasa, su talento es mucho, su lísteza rara.

Por si el de la bomba es un papanatas digno de ser Poncio en la pobre España, en el urinario ha puesto tres guardias que de día y de noche al que orina guardan.

Estos centinelas malos ratos pasan, pues en cuanto alguno á orinar se para tienen que acercarse á ver lo que saca.

Y como las vistas

son bastante malas, ni los guardias gozan, ni su moral ganan,

¡Ay, señor Manzano, si usted se encontrara en el triste caso de estos pobres guardias, aunque le aumentasen la Higiene y las gangas dejaría el cargo y á Madrid tornara!

Por lo que más quiera haga usted una gracia

y evite el suplicio que ha impuesto á los guardias;

mire que los pobres de coraje rabian,

pues como las vistas son bastante malas,

ni sus ojos gozan ni su moral ganan.

Una reflexion de Borrell y Sol:

—Es lástima que de cada una de esas horcas metálicas (los esperpentos del paseo de Gracia) cuelgue sólo una miserable lamparilla. Sería mucho más bello ver en tan alto sitio las cabezas de nuestros concejales.

Casi textual.

El bandolerismo se extiende por las provincias andaluzas.

Hace mucho tiempo que los peores bandidos gobiernan la Península.



# QUEBRADEROS DE CABEZA



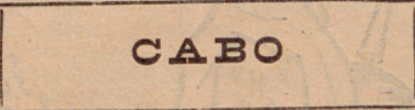
## PROBLEMA

(De Francisco Masjuan Prats)

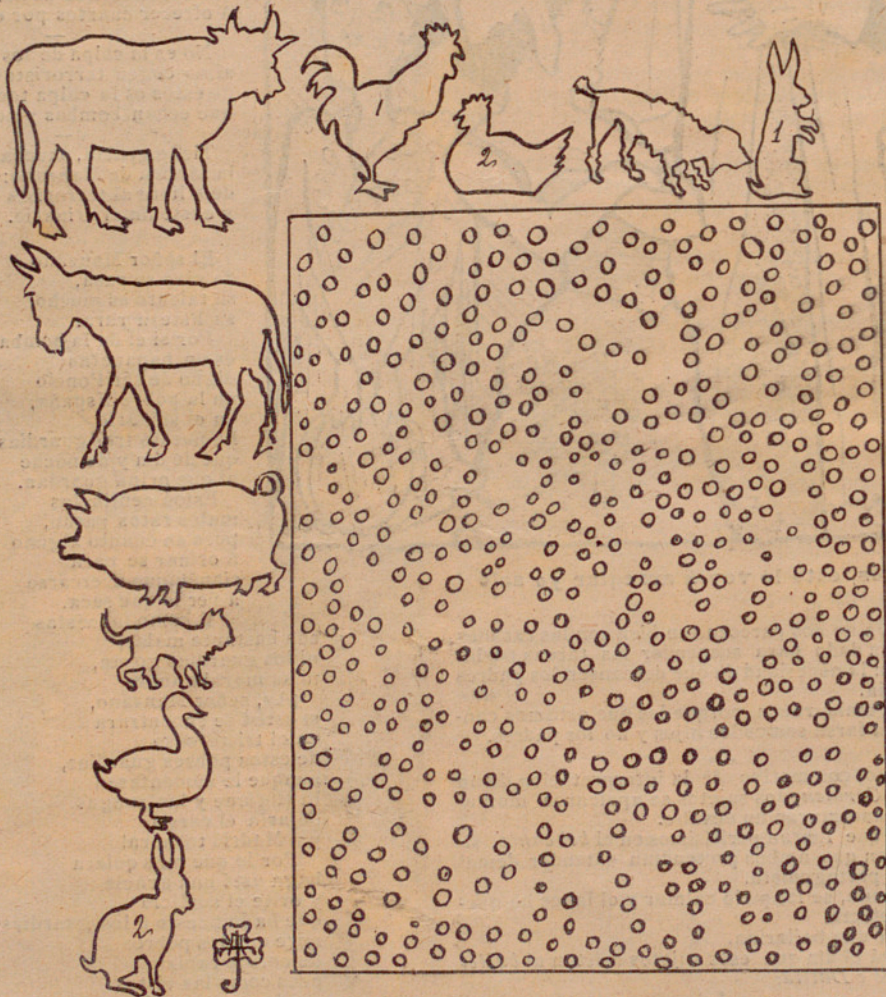
He cobrado mil duros, parte de ellos en monedas de 5 pesetas y el resto en piezas de dos y una peseta. El peso del cobre que como liga entra en tal cantidad de plata es igual á 2,8575 gramos. Con este dato se quiere conocer el número de monedas de cinco pesetas, el de dos y de una, teniendo en cuenta que el de estas últimas es triple del de á dos pts.

## JEROGLIFICO COMPRIMIDO

(De Luisa Guarro Mas)



## Concurso núm. 28.-PUNTOS É IRRACIONALES PREMIO DE 50 PESETAS



Recórtense exterior é interiormente los animales que aparecen al margen del cuadro, dejando sólo la silueta del dibujo de cada uno de ellos. Deben colocarse sobre el cuadro dibujado de puntos de modo que no toquen ningun punto de los señalados. Una vez colocados los animales en el plano interior, quedan encerrados: en el gato, cuatro puntos; en el perro, seis; en el conejo número 1, seis; en el gallo, trece; en el conejo número 2, seis; en el borrico, treinta; en el pato, nueve; en la gallina, siete; en el buey, treinta y ocho, y en el tocino, quince.

Entre los que envíen la solución exacta, esto es, tal como aparecerá en el número correspondiente al 26 del corriente, se distribuirán por partes iguales 50 pesetas; si es uno solo el solucionante, á él le será

adjudicada la expresada cantidad. El día 20 terminará el plazo para la admision de soluciones, las cuales deberán enviarse bajo sobre cerrado, expresándose con toda claridad el nombre del remitente y las señas de su domicilio.

## SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 22 de Diciembre)

A LOS JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

Anterior  
Tercero

**A LOS JEROGLÍFICOS  
Desigualadísimos**

**Quien debe veinte veces veinte, debe  
cuatrocientos**

**A LAS CHARADAS  
Serenata  
Pepa**

**AL PROBLEMA  
El número 672**

**A LA TARJETA  
La borracha**

**AL ROMPECABEZAS**

Inviértase el dibujo y se verá á uno y otro lado de la joven á su madre y al novio.

**AL JEROGLÍFICO LITERARIO-MUSICAL**

Hay en los alrededores de Relamiego (1) soldados zapadores minadores, hiladores agremiados, prelados inquisidores, relamidos y endiosados, labradores taladores y micos amilanados.

(1) Relamiego es un pueblo de 151 hab. de Der. agr. á Tineo (Oviedo).

**Al concurso núm. 27.-LOS GEMELOS**



Han remitido soluciones.—Al concurso número 27. Salvador Durán, Isabel Trepa, Juan Batet, Blas Mateu, Arturo-Martin, José Ricart, Pedro Jané, José Puigás, Bue-

naventura Panadés, Ramón Mas, Francisco Vidal, Juan Boise, Sebastian Solá, Ramon Oliveres, Antonio Vicens, Emilio Revoltós, Francisco Costa, José Capdevila, Serafin Fábregas, Vicente González Marínano, Antonio Perez José Fons, José Solé, I. Llorca, Luis Castells, Luis Barnola, José Sabaté, Ernesto Bizcarrondo, Juan Salichs, Ricardo Gallisá, Esteban Badía, Juan Tuloch, Ramón Domingo, Francisco Pons, Alfonso Fernandez, Angel Otzet, Maria Cañellas, Natividad Orfila, Angela Gilabert, Mariano Tayá, José Martinez, Antonio Pijuan, Luisa Guarro, José Soler, María Rosell, Aurelio Lacasa, Miguel Llorens Salvador Ragon, F. Ferrer Torrents, Mariano Poch, Miguel Ribled, José Corrons, Federico Simonis, Jaime Osornoviá, Juan Sala, J. Plomomi, Luis Boada, Antonio Ferrando, José Homedes, Vicente Caneli, Enrique Orduña, Domingo Escolá, Ricardo Cester, José Serra, Emilio Sabat, Florencio Gaucheguí, Mercedes Ferrer, José Vila, Santiago Valls, Enrique Morera, Federico Gomila, F. Escalá, Domingo Planas de Granollers, Rosendo Carbonell, Pedro Vallmajó (Gerona), Pablo Terrats, Enrique Vilaplana, Vilaseca, Emilio Pelejá, Juan Gallina, Angel Bruguera, Ramon Batlle, Francisco Pineda, José Girbal, Teresa Mauri, Martin Rigol, José Simeti, Francisco Simeti, Pedro Roca (San Martin), Julio Cebrían, Rafael Pare-des, Francisco Baliarda, Luis Torrabadella, Margarita Rebull, Ponciano Ortega, Enrique Aymat (San Gervasio), Jacinto Alegret, Espiridion Serramia, Isidro Fort (Villanueva y Geltrú), Carlos Deulovoy (Figueras), José Valls, Consuelo Oliveras (Gracia), Jaime Juliá (Barcelona), Domingo Masaén, María Franca, José Gueriquet (Gracia), Juan Rabaseda.

Mercedes Fuster (Pueblo Nuevo), José M.ª Teriá, Rosa Arno, Pepito Bonastre, Francisco Miralles, Juan Partagás, Enrique Valls, Gabriel Casas, Alberto Aldabó, Francisco Cabré, Daniel Roca (Pueblo Nuevo), Francisco Ayón, Emilio Heydrich, Miguel Ayats, Eduardo Portella, José Bonafont, Pedro Armengol, Francisco Mas, José Prats, Francisco Mateo, José Mateo, Joaquín Monaja, Ramon Llanas, Francisco de P. Carné, Sebastian Oller, A. Perna, Felipe Ubach, Antonio Serret, Manuel Huerta, Conchita Blasco, Gil Ferrán, Higinio García, José Elías, Lucía Aguadé, Manuel C. Queraltó, Jacinto A. Rovira, Jaime Palau, Justina Avellá, A. Crespi, Vicente Barber, José Torras, Román Güell, Ramona Barrull, Isabel Raurrell, Juan Guasch, José Gonzalez, Jaime Font, Alfredo Andreu (Sans), A. Aymerich, Magin Serraboguñá, Juan Ruiz, Juan Fábregas, Francisco Chavanne, Montserrat Esteban, Ana Gratacós (Gracia), Manuel Noel, Jesús Calvo, Pedro Mestres, Pedro Preguigueró, Francisco Cusell, Francisco Marés, Antonio Roca (Masnou), Manuel Maria Claret, José Tarrell, Feliciano Cuni, Jaime Prunera, José Perez Martino, Rafael Estrany, Martin Buxadé, Victor Abella (Pueblo Seco), José G. Serra, Roberto Saenz, Agustín Caus, Feliu R., Feliu Manaut, Onofre Pruna, Maria Teresa Sans, Francisco Barber, Emilia Cairol, José Cairol, Miguel Herrero Bartolomé, José Canudas Sans (Masnou), Isidro Serra, Juan Carmany Ribera, Enrich Perdigó, Maria Lonstan, Luis Gil, Pedro Granada Espert, Florentina Torren, Silvio Barbrasa, Carlos Amigó, Amadeo Caldés, Sixto Gonzalez, José Rafols, Antonio Nogué, Carmen Martí, Felipe Lopez, Vicente Calabrug, José Valero, Juan Badía, José Vallés Prats, José Martinez, Joaquín Fernandez, Casto Andreu Sabater, Miguel Munné, Valentin Monner, Ramon Laplana, Juan Enrich (Manresa), Luisa Balp, Salvador Santos, Valentin Miguel, Pedro Felip, Mercedes Monmany, E. Luis Miret, Sebastian Monedero, Hermenegil Puig, José Fernandez, A. Garcia, José Ruiz, Juan Casimiro Pol, Juan Subiranas y Ramon Morera. Entre dichos concursantes se distribuirán las 50 pesetas ofrecidas como premio.

Al primer jeroglífico comprimido: Felipe Ubach, Francisco Carré, José Prats Serra, Angel Otzet y José Fernandez.

Al segundo jeroglífico comprimido: Felipe Ubach, José Prats Serra, José Fernandez y Arturo Martin.

A la primera charada: María Millers, Angel Otzet y José Fernandez.

A la charada segunda: María Millers, José Prats Serra y José Fernandez.

Al problema: Florencio I., Sebastian Yarza y Francisco Pineda Roca.

A la tarjeta: María Millers, Eufalia Guitart, Santiago Valls Pallejá, Felipe Ubach, Francisco Carré, Vicente Borrás y Baiges y José Fernandez.

Al primer jeroglífico: Santiago Valls Pallejá, Felipe Ubach, José Prats Serra y Angel Otzet.

Al segundo jeroglífico: Felipe Ubach, José Prats Serra y Angel Otzet.

Al rompe-cabezas: María Millers, Eufalia Guitart, José Prats Serra, F. Ubach, Santiago Valls Pallejá, Francisco Carré, Vicente Borrás y Baiges, José Rovira y Alemany, Antonio Tintoré y Piera, Fernando Oliveras, José Paloma (Mataró), José Elías, Dionisio Abella, Amadeo Caldés, Pedro Vivé, Angel Otzet, Otilia Liñan, Anita Subirá, José Fernandez, Arturo Martin, Una admiradora de El Diluvio y Miguel Ferrer Dalmau.



España no ha querido poner este año las botas en el balcon, porque sabe que los Reyes no han de traerle más que regalitos como estos